

ALFREDO CAZABAN Y LA DEFENSA DEL TESORO ARTISTICO Y ARQUEOLOGICO

Por J. de M. Carriazo

LA iniciativa del Instituto de Estudios Giennenses de evocar la memoria de Alfredo Cazabán Laguna, dedicándole un número de su *Boletín*, y la invitación que he recibido para participar en este homenaje, despiertan en mi memoria recuerdos inefables de adolescencia y de juventud. En estos recuerdos, Jaén y Cazabán están unidos, inseparablemente.

Primero fueron los viajes anuales a Jaén, para examinarme por libre en el Instituto, de 1911 a 1915. Yo estudiaba en Quesada, sin separarme de mis padres, ayudado por don Ramón de Rus y Rus, uno de los tres sacerdotes que tanto influyeron en mi infancia. Los otros dos fueron mi tío-abuelo don Petronilo Carriazo Gallego, prodigio de bondad y generosidad, que vivía en una casa de la calle Adentro, entre los dos recintos de murallas, el del siglo XIII y el del siglo XIV, como vine a saber mucho después; casa en la que la tradición local afirmaba que había pernoctado la reina Isabel la Católica, en el camino desde Ubeda hasta el campamento sobre Baza; y don Juan Francisco Sánchez Viana, el párroco elocuentísimo, cuyos sermones informaron mi espiritualidad y formaron en mucha parte mi gusto por el bien decir. Don Ramón había hecho una larga salida del seminario para ser capitán carlista, y había conocido la expatriación. Sabía mucho latín, muchas matemáticas, mucha geografía, tenía una gran admiración por Sevilla y me hablaba con entusiasmo de Itálica. En vez de tomarme las lecciones de los libros de texto, me hablaba de todo lo divino y lo humano,

y comentábamos mis lecturas: toda la biblioteca de mi otro tío-abuelo, don Laureano Delgado Alferez, que había sido pasante de Montero Ríos y tenía casi toda la colección de los clásicos en las ediciones monumentales de Montaner y Simón, con ilustraciones de Gustavo Doré. Otro alumno especial de don Ramón fue, más tarde, Rafael Zabaleta.

Cada mes de mayo, el viaje a Jaén, para los exámenes. Cuatro horas de caballería menor hasta la estación, vadeando el Guadiana Menor, que aún no tenía puentes, o pasándolo en el barco de la Venta del Yeso, siempre acompañado por el fiel Ciriaco. Dos cambios de tren, en Baeza y en Espeluy. Y en Jaén, la hospitalidad cariñosa de tía Virginia Montilla, viuda de Arroquia, en la calle Rejas de la Capilla. Hay una visita inolvidable al Seminario, de la que hice recuerdo en un cuento titulado *Pedrin*; y los de algunos examinadores, como el profesor Rábago, de Geografía e Historia, al que en una visita posterior que hizo a Quesada enseñé un manuscrito de historia de la ciudad que estaba en mi casa, del que me parece estar viendo su letra grande de la primera mitad del siglo XIX, pero que ya no he vuelto a ver nunca más. Por entonces, desde 1914, hacía pinitos literarios en periódicos de Jaén, como *La Libertad* y *La Solución*.

Pero el último año del bachillerato lo seguí por enseñanza oficial, en el mismo Jaén, en el curso académico de 1915 a 1916. Interno en la pequeña residencia familiar de aquel paciente oficial primero de la Secretaría del Instituto, don Pedro Mora Carmona. Repasos en el colegio de Santo Tomás (por las asignaturas del 6.º curso, 15 pesetas al mes; por el repaso general para el grado de bachiller, 30); y en ellos un descubrimiento que me dejará deslumbrado: unas lecturas comentadas de escritores medievales, principalmente del marqués de Santillana, por el joven profesor Angel Cruz Rueda, que era ya un maestro y fue mi gran amigo para todo el resto de su vida. En el Instituto, las clases de Ciencias de su director, don Luis Enrique Muñoz-Cobo y Arredondo, que me parece que se jubilaba aquel año, las de Filosofía de don Santiago Hita y las de Agricultura de don Joaquín Herrera Navarrete, uno de los hombres mejores que he encontrado en el mundo. En el mismo pasillo de las aulas mayores abría su puerta la Biblioteca Provincial; mejor dicho, la tenía cerrada, porque no entraba nunca nadie. El bibliotecario fue tan amable conmigo que me dejó la llave para que



Caricatura de Alfredo Cazabán,
obra de Carlos Romero

podiera entrar cuando quisiera; y allí devoré libros de viajes y literatura moderna.

Recuerdo con afecto a muchos de mis compañeros, de los que viven muy pocos. El largo, flaco y optimista Francisco Javier Pasquau y Pasquau, el corpulento Luis Perals, los menudos e inquietos Emilio Alcalá-Zamora y Juan Herrero Reyes, el feo y talentoso Constantino Ruiz y Ruiz, los buenísimos Francisco Martínez Herrera y Eveherardo Mora, el enérgico Azpitarte. Algunos siguieron siendo compañeros míos en la Universidad de Granada. Allí, en Jaén, asistí a mi primera corrida de toros, para ver a Joselito poner banderillas; la segunda y última en Sevilla, para conocer, antes de su despedida, a Belmonte. Del Jaén de entonces recuerdo los *ochíos*, los vientos arrebatadores de la calle Campanas, una subida al castillo, el sugestivo patio de la Magdalena, los restos del palacio del condestable Iranzo, en los salones bajos del Casino. Por la película desdibujada de mis recuerdos pasan el padre Poveda, luego fundador de las Teresianas, con su piel color de ceniza, el patricio don Bernardo Villar, el maestro Milagro, que lo era de capilla de la catedral e insigne musicólogo, el deán don Saturnino Sánchez de la Nieta. Y Cazabán.

La época de mi mayor relación con Alfredo Cazabán vino después, entre 1920 y 1930, y fue sobre todo epistolar. Conservo unas treinta cartas tuyas, rebosantes de cordialidad y de ingenio. Me había abierto las puertas de *Don Lope de Sosa*, y cumplía conmigo, generosamente, su gran papel de animador de todo lo que supusiera una inquietud espiritual en tierras de Jaén. Desde *Don Lope*, *La Regeneración* y otras tribunas, como la Comisión de Monumentos y la Sociedad Económica de Amigos del País, Cazabán estimulaba a todo el que quería hacer algo útil. Físicamente, era la encarnación del comensal de la *Cena jocosa*, de la que preparó ediciones memorables. Cronista de Jaén y delegado regio de Bellas Artes, el eje principal de su actividad y de sus inquietudes era la defensa del patrimonio artístico y arqueológico de la provincia de Jaén. Sus campañas contra las ventas y exportaciones escandalosas de obras de arte, su preocupación por los hallazgos de Toya, de Quesada, de Porcuna, de Ubeda la Vieja, su amistad con cuantos hicieron excavaciones arqueológicas en el Santo Reino (Sandars, Lantier, Cabré, Mergelina), sus desvelos por la formación del Museo provincial, fueron memorables y ejemplares.

Por eso, cuando la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén organizó una sesión necrológica, el 21 de marzo de 1931, a los tres meses y pico de su muerte, y me pidieron colaboración, yo envié unas cuartillas, que supongo inéditas y que están vigentes cuarenta años después. Dicen así:

«Ha caído un centinela.»—Con todo fervor añadido mi voz al coro de justas alabanzas que esta noche entonan los hijos de Jaén a la memoria de un hermano mayor desaparecido. Imposible encontrar para este homenaje un ambiente más adecuado que el que le presta con su organización y patrocinio la Sociedad Económica. ¡Qué gran *amigo del país* Alfredo Cazabán! Para labrar mi pequeña estela, de todos los aspectos y merecimientos de su rotunda personalidad quiero apartar uno sólo: su denuedo en la vigilancia de los tesoros que el arte y la historia, como compitiendo con la naturaleza, nos han dejado en el antiguo reino y sus aldeaños, moderna provincia de Jaén.

«Allá desde mis confines del Alto Guadalquivir, y desde otros muchos sitios, he asistido con emocionada atención a la lucha titánica y cruenta de Cazabán con la Incultura. Esta Incultura con mayúscula no es la pura ignorancia o falta de saber, sino el medio-saber malicioso e interesado. Incapaz de progreso, de comprensión y de generosidad, éste ha sido siempre el gran enemigo. El apagó entre nosotros los fulgores del Renacimiento. El combatió la Ilustración del buen rey Carlos III. El corrompe, desvirtúa y empequeñece las más altas empresas del Espíritu. No tiene nombre ni figura concreta. Adopta los semblantes más respetables y las más altas representaciones. Podríamos llamarle Insensibilidad para el Arte, faltando en este concepto la referencia a la negación de los altísimos valores sociales y humanos de la creación artística, en su más amplio sentido.

«Corrientemente se atribuye la mutilación de las obras de arte a la gente rústica e iletrada. Esto es casi siempre mentira. El que no sabe de una cosa propende naturalmente a respetarla. Sólo se atreve con ella el que sabe algo pero no lo suficiente; sobre todo el que se figura que sabe. Mientras han llegado hasta nosotros sin otras alteraciones que las producidas por los agentes naturales monumentos de rincones apartados, sólo conocidos durante siglos por pastores y villanos, los monumentos de las grandes ciudades han sido víctimas siempre de

toda suerte de atentados. Y si el pueblo vende las cosas tocadas de intención artística que heredó de sus mayores, esta vergüenza es mucho más grave, peligrosa y reprochable cuanto más alto está quien la realiza.

«¡Esta vergüenza, esta gran vergüenza del comercio de las reliquias del pasado! ¿Hasta cuándo la tolerará la conciencia pública? ¿Quién podrá terminar con ella? El buen rey Carlos III, cuya sombra nos preside, dictaba ya enérgicas providencias para acabar con la exportación de objetos de arte. Y uno de sus hombres más eficientes, el presbítero y académico don Antonio Ponz, secretario de la Academia de San Fernando y benemérito autor del *Viage de España*, escribía, refiriéndose al saqueo de nuestras colecciones de pinturas por los extranjeros: «No se contentan con quitarnos el comercio y la reputación, sino hasta estas memorias de los ingenios españoles».

«Siglo y medio más tarde, saltando de 1779 a 1926, Cazabán puede hablar todavía de «ese insano, criminal y codicioso comercio, que arrebató a la patria la más gloriosa manifestación de sus grandezas». Suya es esta declaración de principios: «El tesoro artístico es el tesoro de España. Defenderlo, conservarlo y acrecentarlo es hacer patria. Y la patria del arte la formaron los hombres en el curso de los siglos y no puede estar a merced de la torpeza, de la codicia ni del capricho de los doctos ignorantes ni de los ignorantes sin doctorar».

«Pero no he de hacer una antología de las opiniones de Cazabán sobre la licitud de la compra-venta de antigüedades. Ahí está, en la colección de *Don Lope de Sosa*, en las actas y comunicaciones de la Comisión Provincial de Monumentos y en ocasiones como la Asamblea Magna de 1925. Está también, y con más descarnada referencia a la anécdota de cada día, en su rico, enjundioso y cordial epistolario. El que yo guardo con amoroso cuidado merecería la publicación, y alguna vez trataré de acometerla. Sucesos lamentables, que no he de puntualizar, fueron ocasión y acicate de tan nobles determinaciones. La tierra de Jaén tiene largo capítulo en la crónica negra de los crímenes de esa cultura... Basta y sobra para escándalo de toda conciencia honrada. Nadie hizo ni hubiera hecho más que Cazabán para evitarlo. En ello cifro el exponente capital de su preclara ciudadanía.

«Esforcemos con su ejemplo la energía de nuestras convicciones y el valor de nuestras actividades. Aún quedan por las ciudades y por los

campos de Jaén monumentos que rescatar del olvido y salvar de las asechanzas de la Incultura. Hasta ahora los vigilaba desde su atalaya señera un centinela enardecido. El centinela ha muerto. ¡Honor a su memoria!»